

## UNA INDIANIDAD ASÉPTICA: LOS ZOQUES DE LA CAPITAL DE CHIAPAS, TUXTLA GUTIÉRREZ<sup>1</sup>

Miguel Lisbona Guillén

PROIMMSE-IIA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

**H**ablar sobre Chiapas significa para la mayoría de antropólogos, o de personas interesadas en el estado del sureste mexicano, hacerlo de la población maya. Los hablantes de idiomas de dicho tronco lingüístico llamaron la atención de la antropología foránea y nacional durante el siglo XX, aunque en los últimos años haya sido el fenómeno mediático del levantamiento neozapatista, encabezado por el subcomandante Marcos, lo que ha condensado las miradas y referencias sobre un territorio que también cuenta con habitantes exóticos a la indianidad hegemónica representada por los mayas. Éste es el caso de los hablantes del idioma zoque, cuya pertenencia lingüística se ha denominado mixezoqueana o, lo que es lo mismo, su lengua está emparentada con los mixes y popolucas ubicados geográficamente fuera de las fronteras del actual estado chiapaneco.

La relevancia de esta lengua en el mundo prehispánico es notoria por su extensión territorial, así como por los préstamos dados a otros idiomas prehispánicos, entre los que se encuentran los hablados por los mayas. No es la pretensión de este texto hacer de la historia prehispánica de los zoques su punto de atención, sino mostrar la disímil forma de apreciar su indianidad contemporánea en la sociedad chiapaneca, a pesar de que su historia anterior a la conquista castellana y el devenir colonial de sus pueblos y habitantes haya tenido muchas similitudes con los ya citados pueblos mayas. Es por este motivo que algunas referencias históricas darán pie a que en este artículo se analice cómo es concebida la zoquedad a través de la visión que de los zoques se ha construido en la capital del estado de Chiapas, Tuxtla Gutiérrez. Este antiguo pueblo zoque convertido, hoy en día, en una de las ciudades con mayor crecimiento poblacional de la República Mexicana.

### PENSAR DESDE EL PASADO

Como ya se mencionó, la historia colonial de los hablantes del idioma zoque no ofrece, a grandes rasgos, muchas diferencias con la que vivieron los mayas. El uso de los

---

<sup>1</sup> El presente artículo fue publicado originalmente en catalán en la *Revista d'Etnologia de Catalunya*, núm. 33, noviembre, 2008, Barcelona, España, pp. 8-17.

pueblos ya existentes como centros de congregación de la población dispersa fue un mecanismo propicio para aprovechar la mano de obra indígena por parte de los conquistadores, al mismo tiempo que facilitó la tarea de la Iglesia católica, en un principio representada por los frailes dominicos, para extender la fe europea en las nuevas tierras que se incorporaron al Imperio hispano. Esas dos circunstancias propiciaron que la población indígena reaccionara de diversas formas, en el primer caso la huida para escapar del trabajo forzado y la rebelión (Viqueira, 1997); mientras que en el segundo se produjeron resistencias manifestadas en la continuidad, de manera velada u oculta, de prácticas rituales y religiosas perseguidas por las autoridades eclesiásticas por ser consideradas idolatrías (Aramoni, 1992). Si lo anterior se produjo en la mayoría del Chiapas indígena durante los años de dominio hispano, tampoco existieron muchas variaciones en lo que respecta a los inicios del México independiente, durante el siglo XIX. Las leyes desamortizadoras que pusieron a disposición de propietarios muchas de las tierras cultivables de los pueblos indígenas afectaron por igual a mayas y a zoques; con la consiguiente pérdida para sus habitantes que se tradujo, en muchos casos, en la sumisión laboral a nuevos propietarios que llegaban a tierras desconocidas por ellos como nuevos colonos.

De igual manera, los cambios en la propiedad de la tierra que se vivieron a partir de la llamada Revolución Mexicana (1910-1917), a principios del siglo XX, y que progresivamente dotará en usufructo de tierras propiedad del Estado a los campesinos, gran parte de ellos indígenas, no muestra variantes drásticas entre mayas y zoques. Es decir, a partir de la historia colonial son pocas las diferencias que se observan entre mayas y zoques, tanto desde las medidas de los gobiernos en turno como desde sus reacciones a las mismas. Sin embargo, dos aspectos, también históricos, deben tomarse en cuenta para este recorrido. El primero es el disímil origen de las ciudades que han tenido la capitalidad de Chiapas, San Cristóbal de Las Casas y Tuxtla Gutiérrez y, en segundo, la descripción u opinión que incipientes antropólogos o escritores locales hicieron, principalmente, de los zoques capitalinos.

## **LA CONFORMACIÓN DEL ORGULLO ZOQUE**

Uno de los aspectos que ha caracterizado la política chiapaneca desde su voluntaria incorporación al México independiente en el primer cuarto del siglo XIX, en detrimento de su antigua pertenencia a la Capitanía General de Guatemala, ha sido la confrontación entre San Cristóbal de Las Casas y Tuxtla Gutiérrez, confrontación política y económica que devino en el cambio de la capital estatal a favor de la última ciudad en 1892. De origen indígena zoque y habitada hasta bien entrado el siglo XX por campesinos

de dicho origen junto a comerciantes y a una incipiente burocracia estatal, esta ciudad tropical se contraponía en su composición poblacional desde un principio con la villa creada por los conquistadores en las tierras frías de Los Altos de Chiapas. Habitantes de San Cristóbal de Las Casas asumidos como descendientes de los conquistadores y rodeados, hasta la actualidad, de una población maya que ha sido vista como recurso económico, además de hostil hacia los no indígenas (Moscoso, 1965)<sup>2</sup>.

Esta diferente composición poblacional de las dos ciudades también ha sido un acicate para que ambas construyeran una identidad propia a través de la indianidad, ya sea como contraposición o como asunción de la misma. Si para la ciudad fundada por los castellanos su peculiaridad es su raíz española y la reafirmación de su civilidad frente al exterior indio, cada vez más asentado en su propio municipio a pesar del discurso, la actual capital, Tuxtla Gutiérrez, ha establecido en el orgullo del pasado y presente zoque su forma de presentación: “¡Este fue tu ‘escudo’ Tuxtla! Naciste india y por ello los hispanos no te dieron leones rampantes ni castillos, palmeras ni coronas” (Castañón, 1992; 12-13). Esta *identidad tuxtleca*, fundada en el origen indígena de la ciudad se convierte en elemento singular y de contraste frente a la antigua capital del estado de Chiapas. Así, las referencias a lo indígena zoque son un orgullo frente al desprecio que en Los Altos de Chiapas se ha tenido por las culturas mayas conquistadas en el siglo XVI:

Así pues, al calor de sus danzas y mequés, de sus cuentos y leyendas y de sus cotidianas ocupaciones, aquellos Zoques hicieron crecer su aldea Coyactocmoc, que siempre se desarrolló humilde y sencilla y jamás tuvo la espectacularidad de los centros ceremoniales mayas (Albores, 1993; 13).

Esta especie de confrontación dicotómica en el discurso entre una ciudad blanca y otra india también se ha hecho extensiva a otros rasgos que reafirman las diferencias entre ambas, la autodenominada ciudad culta de Los Altos frente a la fascinada por los oropeles del dinero comercial, Tuxtla Gutiérrez, misma que se considera políticamente liberal ante la relación histórica con la Iglesia católica de San Cristóbal de Las Casas. Si estos aspectos hablan de la distinta visión que lo indígena puede tener en el territorio chiapaneco, no hay que olvidar que los antropólogos y sus lectores han sido piezas fundamentales en esta construcción de lo zoque.

<sup>2</sup> Moscoso, P. (1965), *Rebeliones indígenas en los Altos de Chiapas*. México: CIHMECH/UNAM, 1992. A mediados de los años sesenta del pasado siglo todavía el antropólogo J. De la Fuente observaba la discriminación social que sufrían los indígenas en la ciudad de San Cristóbal de Las Casas. Véase su libro *Relaciones Interétnicas*. México: Instituto Nacional Indigenista.

## DE PROBLEMA A VALOR: EL INDÍGENA ZOQUE COMO EJEMPLO

La independencia de México y las influencias de los diversos liberalismos políticos en boga trajeron el debate sobre la ciudadanía a un territorio habitado por campesinos, muchos de ellos indígenas. Si la discusión legal fue el primer soporte para reflejar esta realidad, los debates científicos que en el periodo decimonónico se hicieron extensivos en el mundo occidental tuvieron, también, amplia repercusión en México donde, al igual que en otros países latinoamericanos, los conceptos de las ciencias naturales se instalaron en el discurso político y en las explicaciones sociológicas. El evolucionismo, con sus variantes, o el debate eugenésico convirtieron al tema indígena en uno de los problemas claves de la intelectualidad nacional preocupada por cómo llegar al progreso o superar etapas civilizatorias a través de análisis que supeditaban las iniquidades sociales a la biología. El indígena se convirtió, en buena medida, en una rémora del pasado que había que transformar mediante diversos medios. Uno de ellos estaba relacionado con la importación de población blanca que facilitaría el mestizaje biológico, el cual era concebido como una solución a problemas sociales; otro, más sociológico, tenía que ver con la eliminación de los rudimentarios hábitos de la población autóctona, y se lograría, además de con medidas higienistas, con un impulso continuado a la educación.

En el periodo posrevolucionario, tras la entrada en vigor de la Constitución de 1917, estos discursos todavía estaban muy presentes en la sociedad mexicana, y no se diga en la chiapaneca. Un texto premiado en un concurso local es buen ejemplo de ello:

Los nativos están dotados de un inteligencia humana como la del hombre blanco, no son más que seres atrazados [sic] en las etapas de la evolución o desenvolvimiento armónico de sus facultades, pero tienen las mismas tendencias que todos los hombres y ello nos comprueba que los Indígenas son civilizables y se puede, aunque difícilmente, sustraerlos de su congénita ignorancia [...]. Se ha creído que el maestro al estudiar el dialecto y relacionarse con el Indígena por ese medio retrocede; pero esto no es cierto; porque descender hasta el Indio para sacarlo del abismo de la ignorancia, es grandioso; despertarlo del olvido en que yace y elevarlo después a la categoría de un ser consciente, es ascender en la escala humanitaria y patriótica (Gutu, 1919; 1-3).

Discursos, artículos o acciones de los gobiernos estatales y nacionales estarán encaminados a “redimir” e integrar al indígena a la nueva nación mexicana surgida de la Revolución. Los medios eran diversos, o al menos las propuestas, pero algo estaba claro, la situación no podía mantenerse puesto que implicaba evitar el “progreso” de Méxi-

co. Lo anterior condujo al surgimiento de la llamada política indigenista que culmina con la creación del Instituto Nacional Indigenista (INI). Esta institución legitimó la integración del indio a la sociedad, conservando los rasgos culturales que enriquecían la peculiaridad nacional, a modo de folklore, y modificando aquello que impedía su plena participación en la vida social del Estado mexicano.

De estas visiones del mundo indígena surgirán las incipientes descripciones antropológicas de los zoques que apuntan a su diferenciación con otros indígenas, en concreto de Chiapas: “El carácter del indígena zoque es pacífico, comunicativo y hospitalario, sobre todo con el mestizo y el blanco” (De la Cerda, 1940; 73). Esta cita de 1940 no parece que difiera mucho de otra muy posterior, de 1971:

[los zoques tienen] algo único en la personalidad cultural que les ha facilitado la asimilación cultural, [quizá porque] A través de la historia se les ha caracterizado universalmente por escritores españoles y mexicanos como pacientes, comunicativos, inteligentes e industriosos [...] aparecen en marcado contraste con grupos indígenas de las altas planicies adyacentes (Thomas, 1971; 48).

Ser considerados un grupo humano con “personalidad cultural” encaminada a la asimilación, tal como lo planteaban las primeras políticas indigenistas, los ha convertido en presa fácil de aquéllos que observan los procesos históricos y culturales de los grupos humanos como un todo lineal y sin fisuras, además de claramente evolutivo. Lo zoque pasó a ser, dentro de esta lógica, un objeto de rescate cultural porque, y enlazando con la última cita, se asimilan fácilmente a la cultura dominante. Esto último lo tenía muy claro Alfonso Villa Rojas, uno de los más destacados etnógrafos del indigenismo mexicano y promotor de los estudios zoqueanos en la década de los setenta del siglo XX:

Con todos estos estímulos que tan profundamente están incidiendo en los destinos de la que fuera provincia zoque, es posible prever que, con el paso del tiempo, se extenderán a toda ella los símbolos, anhelos y preocupaciones de lo que constituye el universo de la gran familia mexicana. Aún más, las lealtades y significados que todavía dan aliento al sentido de identidad tribal zoque, según se encuentra en los últimos rincones de la Sierra, se irán reajustando hacia el rumbo de una identidad nacional, de horizontes mucho más amplios y luminosos (Villa Rojas, 1975: 41-42).

Los zoques se convirtieron, de esta manera, en los menos indios de los indios chiapanecos, idóneos para asimilarse a la sociedad nacional. La antropología, fiel a su objeto de estudio,

la cultura, ha insistido en esta forma de ver a los zoques y de plantear los estudios sobre los mismos. No es extraño, por lo tanto, que en 1991 se pudiera leer la siguiente frase respecto a los hablantes de dicho idioma: “Su identidad resiste, no manifiesta en el vestido o la lengua, sino en la superestructura recóndita de su cultura” (Velasco Toro, 1991; 254).

Lo hasta ahora expuesto encaminará la reflexión de las siguientes páginas hacia la ascensión de lo zoque como algo propio de la ciudad de Tuxtla Gutiérrez, aquello que desde las manifestaciones folklóricas hasta las prácticas gastronómicas ciertas, ofrece una identidad histórica a la ciudad, ajena a todos aquellos elementos contaminantes que todavía lo indígena puede representar en la sociedad chiapaneca. Un ejemplo de esta inocuidad y de su carácter de supervivencia, aunque con el lenguaje de la época, estaba ya presente en la Feria de El Calvario de la capital de Chiapas en 1931, cuando se decide elegir una:

REINA DE LA RAZA ZOQUE, que sea la que presida todos los festejos [...], en la inteligencia que ésta debe ser de la RAZA ZOQUE, estando fuera de Concurso las mestizas y ladinas, pues ya que contamos con muy bellas inditas de raza pura, debemos darles su lugar y estimularlas, ya que son descendientes de las razas primitivas que poblaron nuestro Estado [...].<sup>3</sup>

## **EL ANHELO IDENTITARIO DE UNA CIUDAD: TUXTLA GUTIÉRREZ**

En 1970 la población de Tuxtla Gutiérrez no llegaba a los 70 mil habitantes, en la actualidad supera el medio millón de pobladores (Del Carpio, Escamirosa, Castañeda; 2000; 5). Este desmesurado aumento, signo de un estado, el de Chiapas, en constante crecimiento, remite a lógicas transformaciones urbanísticas y urbanas vividas por este antiguo pueblo indígena que ha visto cómo las casas devoraron antiguos terrenos dedicados a la producción agrícola. Esta vocación laboral, no incompatible con las prácticas comerciales, estaba ligada a los pobladores que todavía en los años cuarenta del siglo pasado eran señalados como hablantes de zoque por una pareja de antropólogos estadounidenses, los Cordry (1988), quienes a través de registros etnográficos y fotográficos así lo asentaron. Rastros de esta presencia cierta se encuentran vigentes en la gastronomía local, en algunas casas todavía construidas con bajaré o bajareque,<sup>4</sup>

<sup>3</sup> “Gran Feria de ‘Las Ocho Noches de Luna’ en el Barrio de El Calvario” en *La Vanguardia*, Tuxtla Gutiérrez, 27 de septiembre de 1931, núm. 132, p. 4.

<sup>4</sup> “Se conoce como bajaré en la localidad, a la manera de construir los muros de la vivienda, utilizando horcones como estructura principal, cañamaíz para la elaboración de los muros,

en las cruces situadas en los tejados, en los sacrificios de animales para ser enterrados en las casas recién construidas pero, sobre todo, en las organizaciones religiosas jerarquizadas que ritualmente celebran a vírgenes o santos locales. Así la Antigua Mayordomía del Rosario, la Junta de Festejos de la iglesia del Cerrito, la Junta de Festejos de la Iglesia de Copoya o la Cofradía de San Marcos —creada en 1996— articulan una intensa actividad ritual anual (López Espinosa, 2001; 13).

Estas organizaciones únicamente religiosas congregan a buena parte de los descendientes de la población zoque de Tuxtla Gutiérrez, aunque no sean los únicos participantes, y las actividades o elementos que utilizan para llevar a cabo los rituales tienen innegables nexos con los observables en localidades de hablantes de zoque en Chiapas. Sin embargo, en las páginas que siguen no se discute esta realidad etnográfica visible, sino tres aspectos derivados de la misma. En primer lugar la interpretación que los antropólogos o escritores interesados realizan de ella; en segundo lugar, y como continuación, la utilización de lo llamado zoque por parte de las instituciones o intelectuales locales para construir una identidad local y, por último, la diferencia que implica esta reivindicación de lo indígena por parte de la ciudad capital frente a otras realidades indígenas vividas en Chiapas.

Resulta una barrera prácticamente insalvable para los investigadores locales, interesados en las actividades rituales zoques, deshacerse del resabio conservacionista y establecer cuestionamientos o plantear interrogantes sobre esta realidad etnográfica, ya no digamos interpretaciones que profundicen, con las herramientas de la antropología, sobre aspectos de la organización social o del parentesco. Las luces emitidas por la llamada cultura parecen cegar cualquier acercamiento desde otros ángulos a esta realidad viva. Sólo las manidas referencias a la tradición, conservación de costumbres, o identidades de diversa índole parecen satisfacer las explicaciones.

Esta tarea es más difícil de pedir en los acercamientos periodísticos, cada vez mayores, y cuya visión no trasciende el ámbito de la celebración de tradiciones y conservación de costumbres o el regocijo por la continuidad de festejos considerados en muchas ocasiones milenarios.

La mayoría de estos trabajos, de carácter divulgativo, pretenden mostrar la supervivencia de los zoques a través de su participación en las organizaciones rituales, las cuales les otorgan cohesión y les dan un sentido de pertenencia:

---

con un acabado de lodo mezclado con paja o zacate”, en Rodríguez León, F., Ruiz Pascacio, G., López Espinosa, O. y Zea Chávez, (2007), *Los Zoques de Tuxtla. Como son muchos dichos, muchas palabras, muchas memorias*. Tuxtla Gutiérrez: CONECULTA-Gobierno del Estado de Chiapas, p. 119.

En realidad, la fiesta es el gran espacio integrador de la tradición zoque, ya que es en ella en donde se expresa mayormente la identidad y cohesión del grupo [...]. Pero en la fiesta se expresa plenamente la “zoquedad”, a través de rituales, indumentaria, gastronomía, música, danza, forma de relación, y todo aquello vinculado con el Costumbre (Rodríguez León, *et.al.*, 2007; 59).

En párrafos anteriores se afirmó que esta obsesión por la supervivencia niega cualquier tipo de comparación con lo que ocurre entre los hablantes de zoque alejados de la capital de Chiapas. Confrontación que mostraría la variedad de situaciones vividas por los zoques, especialmente en el ámbito de las organizaciones religiosas. Estudios de esta naturaleza permitirían superar el análisis centrado en la etnicidad o identidad zoque, especialmente si se toma en cuenta que sería difícil ubicar a los hablantes de zoque que no participan en dichas organizaciones o en cuyos municipios ya no existen.

Reiterar la etnografía urbana como simple recuento folklórico impide dimensionar esas divergencias entre los zoques, así como comprender la continuidad, revitalización o nacimiento de ciertas actividades en los ámbitos urbano y rural. En esa lógica, cualquier acontecimiento queda subsumido al impulso de la tradición que se niega a morir, por lo que quienes no la continúan tal vez no tengan derecho a ser llamados zoques, como ocurre en muchos casos siguiendo dicho razonamiento.

Con respecto a la etnografía, habría que apuntar el surgimiento de tradiciones en el ámbito urbano en los últimos años, tal como fue expuesto por Hobsbawm y Ranger (1988). La peregrinación, por primera vez, al lugar donde supuestamente aparecieron las vírgenes de Copoya –tres imágenes que situadas en un pueblo cercano a la capital, Copoya, concentran buena parte de la actividad religiosa zoque al estar en varios periodos del año de visita en la ciudad de Tuxtla Gutiérrez– es un ejemplo, pero no el único (De los Santos, 2005). En esa misma localidad se celebró por primera vez un Carnaval el año 2007:

Para potenciar la tradición de ese sector indígena, mañana por la tarde se llevará a cabo un desfile en ese pueblo, tierra de veneración de las virgencitas de Copoya, ubicado a unos cinco kilómetros al sur de la capital chiapaneca, Tuxtla Gutiérrez. Lilia Escobar Guzmán, una de las organizadoras del evento, comentó que el motivo del desfile es para recordar y decir que Copoya sigue siendo un lugar con fuerte presencia de las tradiciones zoques o representa una riqueza cultural para el estado [...]. Es necesario darle realce a las tradiciones zoques, arguyó Escobar Guzmán [...] (Sanchez, 2007; B3).



Es decir, esta visión centrada en el carácter de supervivencia cultural de tradiciones poco aporta a la comprensión de este entramado religioso y ritual vigente en un medio urbano, lugar no sólo propicio para la heterogeneidad, sino el lugar de la misma. Por el contrario esta forma de entender la realidad enlaza con el segundo punto que se pretende mostrar, la utilización de lo zoque como identidad propia, legitimación de las instancias locales de gobierno. Ya en otros trabajos se ha tratado la utilización por parte de las instituciones nacionales y estatales de la indianidad, percibida como hecho cultural digno de preservarse o de alentarse a través de estímulos económicos.<sup>5</sup> En las siguientes líneas se constata cómo lo zoque no sólo es aquello presente en la vida cotidiana a través de la alimentación, o hecho visible en los nombres de comercios, barrios o parques, sino que justifica ciertas labores de instituciones culturales o de individuos que, asumidos como voces de la identidad local, usufructúan la palabra zoque o la ensalzan para convertirse en los defensores de la tradición cultural.

Un antropólogo originario de Tuxtla Gutiérrez ya describió cómo ciertos elementos rituales, en forma de ofrenda, habían trascendido su ámbito original para aparecer en ferias organizadas por el Ayuntamiento, por el Instituto de Desarrollo Humano (IDH), por el Centro de Lenguas, Arte y Literatura Indígena (CELALI), en programas culturales del Consejo Estatal para la Cultura y las Artes (CONECULTA), o hasta se encontraban en las tomas de posesión de presidentes municipales o diputados (López Espinosa, 2001; 105-106). La utilización de estos símbolos enlaza con la asunción de otras instituciones públicas de la labor de rescate o mantenimiento de tradiciones, como ocurre con el Instituto de Seguridad Social de los Trabajadores del Estado de Chiapas (ISSTECH), quien suele convocar cada año el concurso de altares de muertos coincidiendo con dicha festividad a principios del mes de noviembre. La nota periodística al respecto es clara: “La costumbre no se pierde gracias a que desde el ámbito laboral se motiva e invita a no dejarla morir” (Valencia, 2005).

Lo anterior no es incompatible con el surgimiento de encuentros o concursos que reúnen a miembros de las localidades zoques, aunque se puede hacer extensivo al resto de pueblos indígenas chiapanecos. El caso del Primer Encuentro de Ramilleteros en el año 2002 muestra el auspicio que instancias públicas otorgan a la institucionalización de actividades rituales, aunque tal vez el ejemplo más representativo de ello se produjo

<sup>5</sup> Véase Lisbona Guillén, M. (2004), *Sacrificio y Castigo entre los zoques de Chiapas. Cargos, intercambios y enredos étnicos en Tapilula*. México: PROIMMSE-UNAM y “¿Existe una cultura zoque? El concepto de cultura en el marco del debate contemporáneo”, en Aramoni, D., Lee, T. A y Lisbona Guillén, M., (coords) (2006), *Presencia zoque. Una aproximación multidisciplinaria*, México: UNICACH-COCYTECH-UNACH-UNAM, 2006, p. 19-36.

cuando, “en una ceremonia sencilla pero llena de simbolismos propios de nuestra cultura”, la presidenta municipal de Tuxtla Gutiérrez otorgó un reconocimiento público a los priostes y mayordomos de la organización religiosa tradicional “por ser salvaguarda de las tradiciones y costumbres zoques de nuestro pueblo” (De la Cruz, 2006; 30-32).

Estos hechos deben unirse al aumento de publicaciones divulgativas que, financiadas por organismos culturales municipales o estatales, secundan esta labor del llamado rescate cultural, o que legitiman, a través de la palabra escrita, la institucionalización de lo zoque como algo propio y que dota de profundidad cultural a una ciudad conformada, en buena medida, por inmigrantes de la dispersa geografía chiapaneca o de otros estados de la República Mexicana. Éste es el caso del surgimiento de la revista cultural *Tuchtlán*, financiada por el Consejo Ciudadano para la Cultura de Tuxtla Gutiérrez, y cuyo objetivo es “rescatar y difundir las tradiciones, ritos y costumbres”. Además, el director de la revista asentaba con nitidez lo expresado en estas páginas:

En el mundo actual en el que todos los pueblos ya estamos unidos por la electrónica y las comunicaciones, es importante no perder nuestra identidad, que será única dentro de esta globalidad [...]. Queremos ser parte de ese amor que tienen hacia su terruño, del amor a los creadores tuxtlecos [...]; que tienen algo que decir y disfrutarán sabiendo que Tuxtla es un gran pueblo y una gran ciudad, moderna pero auténtica, y eso se llama identidad (Huesca, 2007; D2).

La cosificación de la identidad que la cita anterior ejemplifica, no es ajena a lo hasta ahora expuesto, más bien refuerza esta idea de utilización de lo zoque como un ancla cultural legitimadora de un presente urbano caracterizado por el acelerado crecimiento poblacional.

### ¿Y los indígenas dónde quedaron?

Los hablantes de zoque del estado de Chiapas no han sido ajenos a esta política de rescate, muchos de ellos son conscientes ahora de lo que ocurre y han querido obtener ventajas de ese “aire que respiraban”, llamado cultura, sin que tuvieran “conciencia de ella”.<sup>6</sup> El maestro de flauta del municipio de Ocoatepec, donde más del 90% de sus habitantes son hablantes de zoque, lo dejó muy claro cuando no quiso integrarse al grupo de músicos y danzantes tradicionales que se formaron en varios pueblos gracias a la intervención de instituciones públicas. Su compañero, Mauro de la Cruz (RIP) así

<sup>6</sup> En el sentido que es expresado por Gellner, E. *Naciones y nacionalismo*. México: CONACULTA-Alianza Editorial, 1991, p. 86-87.

lo explicó: “no quiso venir tampoco porque dice que le den dinero primero, así viene, sino no viene, pues”.<sup>7</sup>

Este afán conservacionista de prácticas rituales nada tiene que ver con la existencia o no de una identidad cultural que englobe a todos los hablantes del idioma zoque. Sobre todo porque dichos hablantes rara vez aparecen en escena, y si lo hacen es en ámbitos donde pueden camuflarse junto a los mayas. Es decir, la llamada cultura zoque por las instituciones públicas de Tuxtla Gutiérrez ampara lo que se intuye, cree o inventa que es o debe ser lo zoque, aunque la realidad indique caminos muy divergentes de los actuales zoques chiapanecos. Esta forma con la que es tratado el tema cultural por las instituciones, amparadas en la retórica escrita, tuvo un ejemplo fehaciente el año 2004, cuando una disputa por las vírgenes de Copoya y la iglesia que ocupaban se suscitó entre los representantes de la organización religiosa tradicional y la jerarquía católica de Tuxtla Gutiérrez, esta última siempre atenta a extirpar los restos de lo que desde el periodo colonial llamó idolatría. El objetivo de la institución eclesiástica fue conseguido, al nombrarse parroquia la Iglesia, y los antiguos cuidadores del lugar han tenido que iniciar la construcción de un nuevo templo y realizar réplicas de las vírgenes que seguirán los recorridos rituales en la ciudad capital de Chiapas. La no intervención de las autoridades públicas, defensoras de las tradiciones, fue notoria puesto que el supuesto diálogo entre las partes se llevó a cabo en la Subsecretaría de Asuntos Religiosos del gobierno de Chiapas, lo cual demostró que su interés radica en la conversión en espectáculo de los rituales y en la utilización legitimadora que otorga un discurso fincado en la tradición. El alcalde de un histórico pueblo zoque, Ocozocoautla, asentaba con claridad este proceso, aunque respecto al carnaval que se celebra en su municipio: “El carnaval también ha salido de la ciudad con el fin de proyectar nuestra magna tradición a otros lugares, en forma de espectáculo cultural [...]”.<sup>8</sup>

Esta folklorización de la diversidad cultural, de la diversidad aséptica, está asentada en un aliento histórico, aquel que tras los años revolucionarios tenía la necesidad de conformar la nación mexicana, como un destacado intelectual chiapaneco puso de relieve en la década de los treinta del pasado siglo:

Yo siempre he pensado que nuestras razas autóctonas tienen juegos muy importantes; juegos que fueron la resultante del ingenio y la cultura de las razas primitivas; del estado de espíritu y que, por lo mismo, hablan directamente al sentimiento de

<sup>7</sup> *Testimonios Indígenas. Un acercamiento a las costumbres de los pueblos indios. Memoria de evaluación.* México: Instituto Nacional Indigenista, 1997, p. 80.

<sup>8</sup> VV.AA. *Carnaval zoque-coiteco. Herencia de nuestros ancestros.* Tuxtla Gutiérrez: Casa de la Cultura “Profra. Fidelia Brindis Camacho”, 2004, p. 4.

nuestros niños. Estos juegos han ido desapareciendo, han ido desterrándose por sosos, por considerarse sin ninguna importancia, cuando, en realidad, son los únicos que tienen algún sentido para los pueblos. Nosotros debemos procurar revivir los juegos autóctonos de nuestras razas [...].<sup>9</sup>

Es momento, tras lo expuesto, de abordar el último de los aspectos que en el anterior apartado fue mencionado: la diferencia que implica esta reivindicación de lo indígena por parte de la ciudad capital frente a los zoques ajenos a la ciudad o al resto de indígenas de Chiapas.

Los hablantes del idioma zoque están, aunque no lejanos en distancia a Tuxtla Gutiérrez, sí lejanos del imaginario social de la mayoría de sus habitantes, que ni siquiera saben cómo llegar a municipios tan próximos como Copainalá u Ocoatepec. De ahí que las manifestaciones rituales, todavía visibles en muchas festividades de la capital, sean vistas por los ajenos a las mismas como un hecho folklórico, sin que se utilice el término, propio de la diversidad cultural chiapaneca, aunque esta diversidad suele incomodar o ser desconocida cuando arriba por otras circunstancias a la capital.

El caso de la zoquedad en la capital de Chiapas condensa, por tanto, dos procesos. El primero es la puesta en escena aséptica de las manifestaciones culturales de unos indígenas dignos, vestidos adecuadamente para ejercitar su espectáculo tradicional, del que participan las autoridades públicas si se encuentra en un lugar abierto y propicio para ser captado por la prensa local. Mientras que el segundo permite efectuar comparaciones entre los zoques capitalinos y los indígenas chiapanecos -algunos también incorporados a las dinámicas folklóricas-, identificados estos últimos con la carencia civilizatoria y el infantilismo acuñados en la historia del país. Un primer proceso alejado de cuestionamientos sociales o políticos, donde el velo cultural oculta cualquier problemática en aras de la continuidad de tradiciones, mientras que en el segundo el indígena llama a la alerta, y más cuando son multitud, o anticipa el conflicto social que las prácticas culturales no suelen solventar, por mucho interés que tengan los partidarios del multiculturalismo o de la autonomía cultural para el caso chiapaneco.

Por tanto, lo zoque otorga una cierta continuidad a una ciudad que ha crecido con visible rapidez en las tres últimas décadas, y cuyos referentes identitarios son escasos para sus habitantes, muchos de ellos no nacidos en Tuxtla Gutiérrez.

Los zoques, a diferencia de lo que ocurre en San Cristóbal de Las Casas con los indígenas hablantes de algún idioma maya, se han convertido en una marca local digna, por aséptica, tan digna que cuenta con un museo propio, el Museo Zoque de Copoya,

---

<sup>9</sup> "Platica del director general de educación pública de Chiapas, Ángel M. Corzo". *Liberación*. Tuxtla Gutiérrez, 9 de diciembre de 1934, núm. 19, p. 3-4.

a cinco kilómetros de la capital. Mientras ello ocurre los más de 35 mil hablantes del idioma en Chiapas siguen respirando ese “aire” que se ha dado en llamar cultura, ahora concientizados por las instituciones públicas de su valor. A pesar de ello su heterogeneidad actual los lleva por muchos caminos, caminos que suelen desconcertar a los promotores de la llamada identidad cultural indígena. Ese desconcierto sería digno de estudiarse por la antropología que tiene a los zoques como sujetos de estudio, por encima de dotar de argumentos legitimadores, gracias a las loas sobre la tradición, a las instituciones de gobierno.

## BIBLIOGRAFÍA

- Albores, E. J. (1993), *Monografía de Tuxtla Gutiérrez*. Tuxtla Gutiérrez: Gobierno del Estado de Chiapas-ICHC, p. 13.
- Aramoni, D. (1992), *Los refugios de lo sagrado. Religiosidad, conflicto y resistencia entre los zoques de Chiapas*. México: CONACULTA.
- Aramoni, D., Lee, T. A y M., Lisbona Guillén, (coords) (2006), “¿Existe una cultura zoque? El concepto de cultura en el marco del debate contemporáneo”, en *Presencia zoque. Una aproximación multidisciplinaria*, México: UNICACH-COCYTECH-UNACH-UNAM, p. 19-36.
- Castañón, F. (1992), *Tuchtlán (Documentos inéditos para la historia particular de Tuxtla Gutiérrez)*. Tuxtla Gutiérrez: UNACH-ICHC-Congreso del Estado de Chiapas, p. 12-13.
- Cordry, D. B. Y Cordry, D. M. (1988), *Trajes y tejidos de los indios zoques de Chiapas, México*. México: Miguel Ángel Porrúa Editores-Gobierno del Estado de Chiapas, [1941].
- Del Carpio, C. U., Escamirosa, L. F., Castañeda, G. (2000), *Problemas urbanos en Tuxtla Gutiérrez*, Tuxtla Gutiérrez: UNICACH, 2000, p. 5.
- De la Cerda, R. (1940), “Los Zoques”, en *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 4, México, p. 73.
- De la Cruz, S. “Los zoques de Tuxtla. Reconocimiento a la Mayordomía Zoque”, en *El Heraldo de Chiapas*, Tuxtla Gutiérrez, 19 de noviembre de 2006, p. 30/32.
- De los Santos, S. (2005), “Peregrinación zoque a donde aparecieron las Vírgenes de Copoya”, en *El Heraldo de Chiapas*. Tuxtla Gutiérrez, 6 de agosto de 2005.
- Gellner, E. (1991), *Naciones y nacionalismo*. México: CONACULTA-Alianza Editorial, p. 86-87.
- “Gran Feria de ‘Las Ocho Noches de Luna’ en el Barrio de El Calvario” en *La Vanguardia*, Tuxtla Gutiérrez, 27 de septiembre de 1931, núm. 132, p. 4.
- Gutu, M. T. (1919), “En Pro de la Raza Indígena”, en *Chiapas Nuevo*, 18 de mayo de núm. 267 Tuxtla Gutiérrez, p.1-3.
- Hobsbawm, E. J. Y Ranger, T. (1988), *L'invent de la tradició*. Vic, Eumo Editorial.
- Huesca, V. “Lanzan revista cultural Tuchtlán”, en *Cuarto Poder*, Tuxtla Gutiérrez, 19 de febrero de 2007, p. D2.

- Lisbona Guillén, M. (2004), *Sacrificio y Castigo entre los zoques de Chiapas. Cargos, intercambios y enredos étnicos en Tapilula*. México: PROIMMSE-UNAM
- López Espinosa, O. (2001), *Etnografía de las mayordomías de Tuxtla*. Tesis de Licenciatura en Antropología Social, San Cristóbal de Las Casas: Facultad de Ciencias Sociales-UNACH, p. 13, 105-106.
- Moscoso, P. (1965), *Rebeliones indígenas en los Altos de Chiapas*. México: CIHMECH/UNAM, 1992. *Revista d'Etnologia de Catalunya*, núm. 33, noviembre, 2008, Barcelona, España, pp. 8-17.
- Rodríguez León, F., Ruiz Pascacio, G., López Espinosa, O. y Zea Chávez, O. (2007), *Los Zoques de Tuxtla. Como son muchos dichos, muchas palabras, muchas memorias*. Tuxtla Gutiérrez: CONE-CULTA-Gobierno del Estado de Chiapas, p. 59, 119.
- Sánchez, A. (2007), "Celebran primer carnaval zoque en Copoya", en *Cuarto Poder*, Tuxtla Gutiérrez, 16 de febrero, p. B3.
- Testimonios Indígenas* (1997), *Un acercamiento a las costumbres de los pueblos indios. Memoria de evaluación*. México: Instituto Nacional Indigenista, p. 80.
- Thomas, N. D. (1971), "Demografía y distribución moderna de los zoques", en *ICACH*. núms. 2-3, Tuxtla Gutiérrez: p. 48.
- Valencia, V. "Rindiendo honor a los muertos", en *El Heraldo de Chiapas*. Tuxtla Gutiérrez, 28 de octubre de 2005.
- Velasco Toro, J. M. (1991), "Territorialidad e identidad histórica en los zoques de Chiapas", en *La palabra y el hombre*, Xalapa, núm. 80, p. 254.
- Villa Rojas, A. (1975), "Configuración cultural de la región zoque de Chiapas", en A: VILLA ROJAS, A., *et. al.*, *Los zoques de Chiapas*, México: INI, p. 41-42.
- Viqueira, J. P. (1997), *Cronotopología de una región rebelde. La construcción histórica de los espacios sociales en al Alcaldía Mayor de Chiapas (1520-1720)*, Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales. París: EHESS.
- VV.AA. *Carnaval zoque-coiteco. Herencia de nuestros ancestros*. Tuxtla Gutiérrez: Casa de la Cultura "Profra. Fidelia Brindis Camacho", 2004, p. 4.